

LA VÍA PÚBLICA

INDUSTRIAS CALLEJERAS

NADA tan abigarrado como la fauna popular ciudadana de vendedores ambulantes, de pequeños industriales que ofrecen sus actividades al transeúnte o que le ofrecen mercancías a bajo precio. Rara vez se venden géneros de valor como no sean procedentes de una quiebra o de un siniestro más o menos fortuito, y nunca se ofrecen servicios primorosos.

Por lo general, estos industriales, de que son buena muestra los que aparecen en estas páginas, ofrecen todo su establecimiento ambulante en un cesto o maleta, o, cuando más, en un mísero cajón portátil, que se monta y desmonta todos los días, como sucede con la castañera, que, con su tostadera y un cajón para guardar las castañas asadas, un platito con manzanas, membrillos y boniatos tostados, ejerce una industria modesta, pero no mísera como la ejercía años



Los chinos de los collares y las baratijas exóticas



La castañera

atrás el vendedor de los mismos productos, el cual iba pregonándolos a voz en cuello, para tentar al comprador recluido en su casa o al distraído, a quien tal vez, oyéndolos pregonar, le entraban ganas de catar aquellos frutos que se le ofrecen asados y a punto de comer. Un adelanto, sin duda, que denota la perspicacia de la vendedora es elegir el lugar donde más gente transita, que no diremos sea compuesta de un público



Una anciana vendedora de periódicos



El fotógrafo ambulante

especial, pero sí que ofrecerá un buen contingente de compradores. En el Paseo de Gracia y otras vías céntricas no se ganarían la vida una castañera y otros pequeños industriales, pero sí en ciertas vías de tránsito en las que acudan, confundidos, las señoras encopetadas con las modestas industriales y obreras, llevando de la mano a uno o más chiquillos.

Otro tanto ha de decirse del vendedor de frutas secas tostadas, que ofrece avellanas y cacahuets y chufas y altramuces en remojo, ante cuya parada se detienen modistillas, soldados, niñas y muchachos que van o vienen del colegio.

Hace poco se han sumado a esa tribu industrial callejera los merceros chinos, que, con el brazo lleno de collares de todas suertes, desde los que ensartan perlas más o menos bien imitadas, hasta los formados por avalorios caprichosos, amén de los abanicos de marfil para caballero, de las boquillas que ostentan y ofrecen en la mano o prendidas en un cartón que sujetan en el antebrazo, e invariablemente arrastrando con la mano diestra un pesado maletín, donde guardan, recónditos, otros artículos que sólo exhibirán en momentos especiales, porque a veces prohíben las leyes que se coticen públicamente en el comercio.

Sea cual fuere su naturaleza, sucedieron estos vendedores de bisutería a aquellos de sus compatriotas que llenaron de terror a sus clientes pretendiendo extraer muelas con una varilla mágica, cuya operación, a la postre, servía para congrega público y exhibir mercancías más o menos dudosas.

De los vendedores que fían en su tienda ambulante el éxito de sus ventas, dedicadas todas ellas a la caza de un público entre rapazas, hemos de mencionar al



Dos típicos «camalics» y un «seblanquinador», de parada en las Ramblas



La vendedora de globos



El vendedor ambulante de bastones baratos

vendedor de juguetes de poco precio, que pone boqui-abiertos a los cliquillos, en cuyo renglón figuran, asimismo, los vendedores de globitos.

Otro vendedor que ofrece su mercancía calladamente es el bastonero, en cuyo hatillo ofrece por pocas pesetas bastones de toda clase.

El cine puso en boga una nueva industria, que es la del fotógrafo ambulante. Corredores de algunas casas destinadas a reproducir fotografías con movimiento y en actitudes insospechadas, acechan al transeúnte cuando va acercándose al objetivo, y la figura o el grupo que forman dos o más personas, ofrece alguna visualidad. Sacada la fotografía de la persona que a lo mejor andaba distraída, se le hace saber por un cartoncito que, pagando tal suma, se le entregará en tal parte una fotografía en dos o más posiciones.

rio que se ponga asequible a los presuntos lectores. Por

No basta con sacar un diario a la calle, es necesaria razón, aparte los quioscos de periódicos, vemos una entera de vendedores que, con sus fajos debajo del brazo, asaltan tranvías y otra clase de vehículos, a los que vemos que sin las agallas de la juventud, se ponen al paso del transeúnte. Menos gauoso de disputarse los compradores, hay quien para su tienda al pie de un farol en las encrucijadas y lugares apartados del tránsito. Finalmente, entre otros muchos que podríamos reproducir, se ofrecen en estas páginas unas industrias que tienen su tienda abierta en el «Pla de les Come-

dies»: el mozo de cordel y el blanqueador. A cualquier hora del día que se pase por el Llano de la Boquería, se ve a estos industriales con las armas de su trabajo, dispuestos a acudir con presteza al punto que sea. Por su constante permanencia en el sitio de costumbre, diríase que todo el día están aguardando a que alguien les llame para trabajar; pero no sucede así, ni cabe pensar lo contrario tras los años que los blanqueadores con su caña al hombro y los mozos con su cuerda y barretina, están esperando órdenes que se renuevan de una punta de día a otro.

De todos estos industriales callejeros hay establecimientos en la ciudad, que venden los mismos géneros y ofrecen los mismos servicios que estos ambulantes. La cuestión está en tentar al comprador a que se decida a adquirir el género o a utilizar sus servicios sin necesidad de acudir a la tienda.



Un vendedor de baratijas para los niños. (Fotos Saqarra)